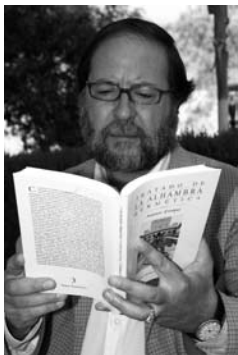


VIENDO CAER LA TARDE

(Selección)

Antonio Enrique



Antonio Enrique (Granada, 1953), de la Academia de Buenas Letras de Granada, es autor de una vasta obra en los géneros de poesía, narrativa, ensayo y crítica li-

teraria. Como poeta, ha publicado dieciséis libros, siendo los últimos *Santo Sepulcro* (1998), *El reloj del infierno* (1999), *Huerta del cielo* (2000), *Silver shadow* (2004) y *Viendo caer la tarde* (2005).

La Armónica Montaña (Akal, 1996), *Kalaát Horra* (Montraveta, 1991; reimpresa *Las praderas celestiales* Comares, 1999), *La luz de la sangre* (Osuna, 1997; Quadrivium, 2008), *El discípulo amado* (Seix Barral, 2000) y *Santuario del odio* (Roca, 2006) constituyen sus novelas, siendo autor, asimismo, de *Cuentos del río de la vida* (Temas Accitanos, 1991; Ideal, 2003).

Su labor de crítica literaria está contenida en unos cuatrocientos comentarios, en revistas y prensa especializada. Como en-

sayista, finalmente, cuenta con los libros *Tratado de la Alhambra Hermética* (1988, 1991 y 2005; versión inglesa, 2007), *Los suavísimos desiertos* (2005) y *El laúd de los pacíficos* (2008).

Traducido como poeta a las lenguas habituales y representado en las antologías comunes a su promoción literaria, fue decidido impulsor de la denominada *literatura de la diferencia*. Reside en Guadix, donde desempeña tareas docentes y está al cuidado del aula Abentofail de poesía y pensamiento.

VIENDO CAER la tarde,
lo que miras ver caer es el mundo.
Ves caer el mundo
como tú mismo caes,
con el peso de tu vida,
con el peso de tus sombras.
No es el sol grávido
sobre el horizonte,
sino tu mismo ser
hacia la tierra.
La tierra a la que el mundo y tú
descendéis alegres y vacíos.
No había nadie, después de todo;
como tú, despojados, el mundo,
la tarde y la vida
eran ese sol agonizante y perfecto.
Se está bien aquí viendo
caer la tarde, sintiendo
la muerte compartida en esta historia.
¿Nos vamos? ¿Podemos irnos *ya*?
Bajas la frente
y vemos cada grano de arena
en la tierra que nos aguarda.
Vienen y dicen:
¿qué haces ahí, solo?
Y yo: *viendo caer la tarde.*

HIZO SOPOR todo el día, dicen.
Pero los olores cuán intensos ahora.
Los ves pasar por tu memoria,
los nardos y la hierba, y hasta las azucenas.
Las azucenas eran azul,
la hierba violeta
y los nardos siempre blancos.
Uno, por poco que tenga, tiene
la luz de algunas flores
parada en las pupilas.
Y el olor era el amor
hecho carne de brisa,
y el amor un golpe de rocío
abriéndose en las venas.
Nada quedó; un día
te miraste ver
el corazón
como un mendigo a la puerta
de la casa donde fue el dueño.
¿Qué vas a decir ahora
cuando vuelvan y pregunten
qué haces ahí aún, sentado
como a las puertas de la noche?
Los nardos, la hierba, las azucenas:
Los estoy oyendo. Oyendo estoy
a los que partieron
por el camino azul, violeta o blanco.
Por ese sendero se va
a la casa donde está la mesa puesta,
el vino servido y unas manos
limpias. Tan sólo limpias.
Tan limpias que no tocan, cuando tocan.

TAN SÓLO limpias las manos
que no tocan cuando tocan
las aguas del estanque que remueven.
Sucedió el silencio,
y de pronto las alas
y las manos que no tocan cuando tocan.
El aire se hizo iris
con las plumas
y el tiempo torso
de una figura incandescente.
Comprendí entonces que las cosas
tanto más simples son cuanto verdaderas.
Es simple morir, como nacer.
Es simple el olvido
cuando se ha amado,
hasta las cenizas.
Atardece.
Alguien pareciera que se descalza
para entrar en una acequia.
Los tejados, las torres, las cúpulas,
brasas.
Los cipreses, tilos y castaños,
brasas ahora.
Todo es una catarata
de pétalos y plumas, de manos
que no tocan y pies desnudos.
Vi caer la tarde
la primera vez que abrí los ojos.

MIS OJOS, sin ti.
Mis ojos que se posaban
como sobre las ramas del cuerpo.
Sin ti siempre hace frío,
es tristeza.
Mis pobres ojos sin ti.

AL CAER la tarde
se alzó un aire misterioso
que agitaba las copas de los árboles.
Yo escuchaba en el silencio
tratando de distinguir
las voces del pasado.
Pero sólo se oyó
el tiempo severo y alto de los cipreses.
El sol se había ocultado
en su catafalco de nubes.
Era como si Dios mismo
acabase de dormirse de repente.
Entonces, el viento, después.

SI LA tarde fuera
una alta torre para ver lo invisible.
Para ver lo invisible
has de estar callado, quieto y solo.
Miras así que no estás solo
ni quieto ni callado tan siquiera.
Porque mirándote están
los que no ves, pero te saben.
Mismo ahora, desde otra torre

y otra tarde más altas,
mirándote están escribir este poema.
Te hablan de lejos,
te hacen señas, están felices
porque los hayas visto
sin que los ojos te hagan falta.
Cuántas cosas desde aquí
que no pueden decirse.
Decir que está cayendo la tarde
y que no necesito el agua para oírla,
ni la brisa para sentirla,
ni el jazmín para olerlo.
Como la plenitud,
que tanto más se acerca
cuando va alejándose el día.
Sale la noche
en su trono de plata. La Diosa.

SIENTE TU cuerpo, cómo no pesa.
Cuando todo está caído,
tanto más se eleva al levantarse.
De la tarde, en fin, hablábamos.
Se alza un viento dócil, y la luz,
que ya no viene desde arriba.
Se percibe, en su olor, que las moreras
gozan ya la sombra.
Volando, los pájaros caen, pero se levantan,
como si cayeran hacia lo alto.
Qué raro que la tierra
no se mueva.
Parece, la vida,
el Anciano que duerme,

el brazo sobre el brocal del pozo.
¿Cómo saber sus sueños,
si luego los borra en la arena,
con la yema de sus dedos?
Todo va en pos del aire,
el río, la nube, la arena, el hombre,
y el pájaro. Nos dilatamos,
y crecemos. Estamos en el viento.

UN VOLCÁN extinguiéndose,
el ciervo que berrea ya postrado.
Hoy fue así el lubricán.
Sino que esperaba yo
alguna otra cosa.
El sol, mientras,
apretaba tanto que hacía desfallecer
los pulsos de los árboles y las piedras.
Entonces, de pronto, los pájaros.
Venían en flecha perfecta,
airosos, pausados, libres.
Aparecieron por el norte,
y desaparecieron. Toda la tarde
estuvieron escuchándose sus trinos.

ESTÁ LA noche abrasada viva.
La luna, tan cerca,
que se la puede oler.
Espesa la luz,
como si todo fuera orilla de mar.
Y perfectamente se oyen

los ruidos de los astros.
Es una conmoción
que hace temblar los cristales.
Pero la luna no huele a cráteres,
sino a sudor.
Está soleada la noche.
Hizo una tarde antigua,
como una estampa de otros siglos.
La ciudad se quedó sin nadie,
habitada de pronto por el resplandor.
Fue como un pórtico de gloria
para el santuario de esta noche.
Donde hay espigas en el aire
y unos granos que se pierden en la infinitud.
El sol brilla desde algún lugar oculto,
flotamos en ámbar.
Rueda la noche, y nosotros
en ella. El firmamento, al fin,
pareciera humano.

QUIEN NOS vea
desde muy lejos pensará
que somos un astro roto.
Somos la nave redonda
y desarbolada. Redujo
el fuego de san Telmo
a esqueletos calcinados
las gavias, mástiles y foques.
Vamos por los mares del sur
de la galaxia.
Y dejamos tras de sí un rastro
de llantos de niños por enterrar.

Somos la nave cautiva
que boga a oscuras
por un mar de sargazos
y cardúmenes: los peces
asteroides, los cometas de larga cola.
Es solemne, remota, misteriosa.
El tiempo, en su inmensidad,
hace del espacio un mar inmóvil.
Hay luces lejanas en la bruma
de las aguas humeantes.
Pasamos por zona de ahogados
impasibles, sus bocas pueden verse
en la ciénaga del fondo.
Nos ven de muy lejos.
Parecemos, en la nave redonda
de la Tierra, vivos insepultos.

QUÉ HAGO aquí
sentado al borde del estanque.
Mirar la tarde, mojar las manos.
Oír. Quién sabe
si hay un arpista jubiloso
que punza en los cipreses
y extiende los dedos
y los recorre por el arpegio
de los trigos ondeantes a la puesta de sol.
Tengo sed de sequedad
que llega de los campos.
Los dedos mojados acarician
el largo cuello de las estrellas.
Es el acorde final del día.
No sé si cantar, no sé qué hacer.

Viento, viento suave. Los cipreses,
el olor del trigo maduro. La flama
naranja del sol ya hundido.
Arquero de sombras, adalid
de espumas, sublime arpista
quien sea del sol, de la luna o del viento.
Sólo soy ése que está sentado a la tarde
junto al estanque, y toca el agua
que se desliza por las yemas
y suena limpia, al caer.

EL AGUA, qué bendición.
La tormenta, sin saber.
Los pájaros juegan
a perseguirse hasta los nidos.
Un relámpago, mientras de los truenos
llega el olor de los campos bajo la lluvia.
Es todo como un estanque
puesto en pie de repente.
Si andas, traspasas sala tras sala
de un palacio de cristal.
Qué dulzor el aire, qué alivio en la piel
este olor de espesuras sedientas.
Ni un pájaro en el cielo cinabrio
del sol hundiéndose majestuoso.
Llueve tan suave que parece
el susurro de una madre
junto al niño dormido.
Llueve en cabello de ángel.
Deja que te cubra y se deslice;
también tú llevas una antorcha.

¿A QUIÉN abrazar? ¿A quién
voy yo a abrazar ahora?
Curiosa observación: cuando se llora de verdad
la lágrima no destila del lagrimal,
sino que brota del ojo entero.
No han parado de chirriar las golondrinas.
Y sí, hoy llegó al fin el presente
con la *kipá* y el *Sidur ha-Merkaf*,
el viejo libro de meditación y oración.
¿Cuántas generaciones hubieron de pasar
para poder sin pavor abrirlo
y comprobar sus letras
como huecesillos dispersos del buen Dios?
En algún lugar olerá a nardos,
perpetuamente. En algún lugar
habrá gentes que huelan a nardo,
de tan ligera como tienen el alma.
La casa pareció hundirse
bajo la catarata de golondrinas.
No sólo se llora a veces con el ojo entero,
sino que todo el cuerpo son los ojos.
¿A quién abrazar ahora?
¿Habrà que abrazar a las paredes?
¿Habrè de abrazarme a mí mismo?

LA GRACIA de la rama oscilante
cuando el pájaro acaba de saltar.
El gozo del sol dando en el hueco
de las alas del pájaro en el aire.
Y ese milagro del trasluz
de la migaja que llevan en el pico.
Está la tarde a reventar de plenitud.
Se quitan el trino unos pájaros a otros.
Y el agua en las acequias
centellea contra las hojas de los árboles,
transidos mientras la brisa los recorre.
La vida borda sus perfiles,
como la oruga en el huevo teje la seda.
El silencio a sí mismo se devana.
Se movió la rama sin pájaro y sin aire.
El sol se está ocultando.

ZAPATOS ROJOS, negros, grises, amarillos;
zapatos de piel, charol, raso, terciopelo,
altos, bajos, duros, livianos,
de fiesta, de invierno y primavera:
los limpio, mientras voy limpiando
mi vida y la tuya de tantas equivocaciones.
Sólo esto quedó de ti. Y tus pasos,
que aún no han acabado de extinguirse.

Y Si en vez de la luna,
aparecieras tú de repente.
En el horizonte ha quedado
una cinta de espuma reverberante.
A veces ocurre así en el crepúsculo.
Puesto, el sol aún flamea.
Nada de viento, nada de estrellas,
todavía. Calma. Calma
como un mar en que nos hubiéramos
extraviado. Se le ve, al silencio,
la vela que lleva henchida.
Podría irme, volver, sentarme,
levantarme. Y la tarde seguiría
ahí, aplacada sobre el horizonte,
como una mariposa azul gigante.
¿Quién eras tú, que te apareces?
Arriba estás, brillando. Remota.

SE MIRABAN toda la tarde. Estaban
mirándose toda la tarde,
el uno junto al otro, sin hablar.
Quietos, como agazapados bajo el calor
en las tardes interminables del estío.
El sol dibujaba en las paredes
las listas de las persianas echadas.
Se adensaba el sopor en el agobio.
Si acaso, se alzaba una mano
con la toalla al cuello para enjugarse.
Y se estaban así, uno
junto al otro, los abuelos.
No se hablaban, para qué, si estaban

juntos. Respiraban
un mismo aliento, sabían
que uno de los dos moriría antes.
Y qué sería del uno sin el otro.
Huele, la carne vieja cuando suda,
a rosas asfixiándose en un jarrón.
Se miraban. No se hablaban.
La tarde, simplemente, sucedía.

ME DA el sol.
Lo tomo en silencio
sintiendo el cuerpo cómo se alivia
de los rigores invernales.
Y es éste el prodigio:
la sangre va poniéndose
a la temperatura exacta del sol.
Y ya no soy yo solo, sino el sol,
donde refractan las luces heladas,
los fríos perpetuos de las fosas abismales.
Soy sol y soy universo
mientras siento el cuerpo
anegado en una caricia infinita.
Cierro los ojos, el cielo
de tan azul es amarillo.
Los abro, el viento
huele a brea.
Cierro los ojos, me danzan
todas las células.
Los abro mientras siento el sol
amoldándose en mis mejillas.
Mi sangre tiene su mismo color.

Voy sintiéndome polen por dentro.
Es como si fuera a estallar en árbol.
Sol de enero, escudo tirado
después de la batalla.

TODA MUJER oculta un secreto.
En algún lugar de sí lo guardan.
No lo dan cuando se entregan.
Tan oculto está
que ni ellas saben que lo tienen.
A veces se les adivina
cuando miran, sin verte.
El secreto no es el mismo de unas
para con otras. Unas
lo revelan cuando al fin te miran
como si acabasen de verte de repente.
Otras lo siguen ocultando
mientras presienten
que algo que no es la mujer
es lo que buscas. ¿Qué es,
que no puede verse? ¿El sol,
que las hace transparentes un instante?
¿Son sus ancestros, de los que han heredado
la manera de mirar? ¿Es la manera de amar, una
en siglos, sea cual sea el cuerpo que ocupan?
Los ríos de la sangre se remontan.
El agua siempre es la misma.
Éste es el tesoro,
a través de las generaciones.

ECHADA, EL pelo te desbordó
hacia la mejilla.
Te miraba con la conciencia exacta
de la placidez.
El silencio, el sol,
mediodía, unos pájaros lejos.
Dormitabas. Respirabas
tu mismo olor.
Entonces llegó por el aire.
Simple, escueta, de oro,
la abeja se posó en tus labios.
Besé aquellos labios
en la abeja que levantó el vuelo
llevándose tu secreto.
El secreto de tus sueños,
el tesoro del calor de tus entrañas.

FLEXIONASTE EL brazo
sobre la clavícula y extendiste el otro
hacia el horizonte.
Se te puso el rostro helénico
y el perfil de mármol.
El mundo pareció pequeño
para contener tal poder de hombros y labios
sobre las vértebras y la cintura.
La melena vibra al par
de tus pasos.
Caminas, anónima, pero yo te sé
hija del fuego y del mármol.
Salta el Egeo en tu sangre
hacia la luz solar que te corona.

Hija del mármol y la espuma, me cubres
con la misma ola que asoló
el reino de Minos.
¿Qué queda de mí cuando pasas
y callas? ¿Cuando pasas y quedas?

COMO EL sol, calientas
con sólo mirarte; con sólo mirarte,
entras en mí iluminándome entero.
El frío de la sangre se me va
con sólo fijar tus ojos en los míos.
Con sólo fijar tus ojos en mí,
siento tus labios por dentro.
Tus labios que palpitan
y a la pulpa se le ve el latido.
Los absorbo dentro de mí, los hago
míos y me hospeda
una legión de crisálidas por dentro.
No son tus labios rojos del todo,
sino que se irisan en cada estría
y cobran reflejos de luz en la sombra
de un desierto lunar a oscuras.
Así, si me miras, eres
el mismo sol.
Que me hace de oro por dentro,
que me quema, y no me exingo.

NO PUEDE ser verdad
que estén todos los árboles del mundo
floreciendo a un mismo instante.
No puede ser que en medio
de tanta maldad unas ramas
se vengan al peso de tanta blancura.
Aquí veo solamente dos:
las ramas se les hacen cortas
para contener tal plenitud.
Son un ampo blanco
contra el cielo más azul
y sobre el verde furioso de las hojas.
Un mirlo saca el pico
para cantar con júbilo.
Brilla el aire, de tanta nieve.
Parece este silencio
el pensamiento de Dios mismo.

LA HIERBA no se la ve
crecer en la noche.
Se la oye crujir desde el grano
y expandirse con dolor de la simiente.
Son miles, millones de tallos
emergiendo todos juntos
sobre la grama.
Una acequia está parada,
bajo el firmamento.
Se levanta la brisa
y el ruiseñor canta.
A la hora del mundo
en la que todo calla,

él solo está despierto
y canta. Canta de soledad
en el fuego que le arde adentro.
Llegó tan en silencio
que ni pareció percibirlo
el aire. Y ahora
sigue cantando y seguirá
hasta que despunte el día.
Entonces desplegará el vuelo,
se estará quieto en el aire un punto
y partirá hacia la estrella
que inspiró su trino.

EL RUISEÑOR qué pequeño
bajo la bóveda estelar completa.
¿Qué es un ruiseñor
a la curvatura de Júpiter, a los aros
de Urano, al peso de Saturno?
¿Cómo sería de diminuto
en la corteza de los astros más remotos?
Y sin embargo él es el eje
del mundo. Él es
el solo despierto
cuando todo lo inerte arriba
y abajo dormita en silencio.
Y sólo existe su amor.
Su amor tan pequeño
en su cuerpo pequeño,
que resuena lejos y lejos,
más allá que nunca de las estrellas.

iSu canto color
de los albaricoques!
En las ramas del árbol estelar,
el ruiseñor canta.
Va cayendo el rocío.

ES QUE el cielo no puede verse
de tanto pájaro.
La tarde entera es un estridor
de gozo, por tanto trino.
El día se va rápido,
siempre es así cuando es feliz el día.
Y hoy hizo calima
de un gris perla maravilloso.
Y el sol habló en voz baja
detrás de las nubes.
Qué suave este preciso instante.
El cuerpo se distiende y siente,
como la tierra, que llegan los sueños.
Hay un grajo encima de la chimenea,
vuela de pronto y se ve que es frágil.
No sabe dónde ir. También a él
le niegan. Los que vuelven la espalda
a la belleza.

NADA MÁS blando e indefenso
que los cuerpos.
Qué fácil herirlos,
arrollarlos, expelerlos lejos.
Y esto se hace: trocearlos
como bajo ruedas de cañón.
Los cuerpos que salpican savia
como caña quebrada.
Los cuerpos que son tan fáciles de abrir
y desplomar cuanto lleven adentro.
Cuánto hay que amar a los cuerpos,
que son tan vulnerables;
que son tan pobres
que impiden volar, acariciar
de verdad, soñar
lo verdadero.
Cuánto amar aquellos cuerpos
que nos encontramos en vida.
Balbucen, casi siempre mienten,
se sirven de sí para intimidar,
aplastar, contaminar.
Y el cuerpo siempre devorando
cuerpos. Qué opresión
el tacto de una mano,
el oír los jadeos del miedo
a estar solos.
Ahora los amas, aquellos
cuerpos, con solo respirar hondo.
Eran frágiles, imperfectos, de hombre
o de mujer; por esto besarlos fue
lo más hermoso que hiciste en este mundo.